

Un pueblo agolpado bulle,  
como una hirviente marea,  
y el desenlace sangriento  
aguarda con impaciencia.

De pronto cesa el bullicio;  
se ve al verdugo... se acerca;  
con un sacerdote anciano  
la humilde víctima reza,

Y luego un nuevo murmullo,  
que vuelve á escucharse, muestra  
que ya la justicia humana  
quedó cumplida en la tierra.

Si un crimen formó un culpable  
lavó un cadalso su afrenta,

y el santo arrepentimiento  
le abrió del cielo las puertas.

El rey mandó que labraran  
en el lugar de la escena  
una cabeza, que fuese  
de la tradicion emblema.

Y la que al mundo mostrara  
del criminal la honda huella;  
volvió á su antigua figura  
cumplida al fin la sentencia.

Dejando el triste suceso,  
por el misterio que encierra,  
el nombre á la que hoy se llama  
la *Calle de la Cabeza*.

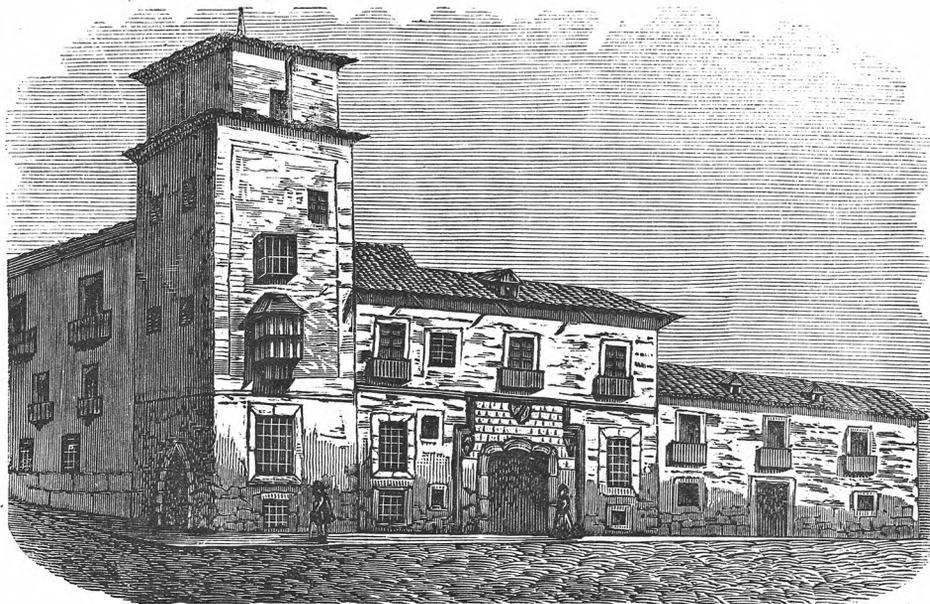
A. B. y C.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1870.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA  
Rollo, 6, bajo.



# La torre de los Guzmanes.

ROMANCE HISTÓRICO.

1823.

## I.

Bajo el claro sol de Italia  
donde en cadena constante  
la gloria tiene su asiento  
y los genios su linaje;  
allí, donde el orbe admira  
de un Tasso y un Miguel Angel  
obras, que al genio le arredran,  
obligándole á inclinarse;  
donde del pincel de Urbino  
brotaron tales imágenes,  
que de lo divino el sello  
denotan por todas partes;  
donde al mirar de su patria

los recrudescidos males,  
del encono con la tinta  
escribió su *Inferno* un Dante;  
donde vió la luz del mundo  
quien el mundo hizo mas grande,  
y dió, en sus sueños de niño,  
nuevo límite á los mares;  
allí, mansion de placeres  
y dulzuras inefables;  
allí, vergel en que cantan  
con mas dulzura las aves,  
y son mas claros los rios  
y mas ténues los celajes,  
la guerra sangrienta un dia  
tremoló sus estandartes.

En sus florestas amenas  
 surgió el incendio implacable,  
 y los surcos del arado  
 se vieron llenos de sangre.  
 Rompiendo el cauce á los rios  
 con esfuerzos militares,  
 se combatió al noble esfuerzo  
 con los horrores del hambre,  
 y el genio de la discordia  
 sus alas cernió en los aires,  
 y el Gravalon y el Tessino  
 arrastraron mil cadáveres.  
 Allí salieron las fieras  
 de las rocas y jarales,  
 buscando en los cuerpos muertos  
 su banquete repugnante.  
 Allí con heróicos brios  
 chocaron, de ódio pujantes,  
 españoles y franceses,  
 italianos y alemanes;  
 y vió la Francia su estrella  
 por largo tiempo eclipsarse,  
 y vió aumentar sus dominios  
 inmensos Cárlos de Gante.

## II.

Junto al Tessino, que baña  
 las murallas seculares  
 de la ciudad de Pavía,  
 que un cerco sufre indomable,  
 el ejército de Francia,  
 siempre dispuesto al combate,  
 protege su campamento  
 con trincheras naturales.  
 Silencio reina en las tiendas:  
 solo se escucha alejándose  
 el *¡alerta!* que repiten  
 las avanzadas distantes.  
 Pero al derramar la aurora  
 su ténue luz por los valles,  
 el campamento se anima  
 y á vida nueva renace.

De pronto se escuchan gritos  
 y de dolor tristes ayes,  
 ruido de armas y ginetes,  
 voces de duelo y coraje.  
 Cual la tempestad violenta,  
 que todo al paso lo barre,

así los tercios de España  
 se abren entre el plomo calle,  
 y al lanzarse al enemigo,  
 que precaverse no sabe,  
 se traba horrible la lucha  
 con un ímpetu salvaje.  
 Saltan del acero chispas,  
 las fuertes lanzas se blanden,  
 y, tras de breves momentos,  
 es general el combate.  
 Su casco embotan los potros  
 en charcos de fango y sangre,  
 y aspiran ansiosamente  
 la atmósfera sofocante.  
 La victoria está indecisa,  
 porque al valor de ambas partes  
 se junta igual ardimiento  
 y circunstancias iguales.  
 La imperial caballería  
 ora vence, ora se abate,  
 y son despues vencedores  
 los que eran vencidos antes.  
 Bandadas de aves siniestras  
 rasgan osadas los aires,  
 y baten sus alas negras  
 buscando en donde posarse.  
 El humo que los mosquetes  
 vomitando muerte esparcen,  
 estrecha del horizonte  
 los límites naturales.  
 Y el sol, velado en su marcha,  
 su disco oculta en celajes,  
 no queriendo ser testigo  
 de aquella lucha implacable,  
 en que el valor nada sirve,  
 en que el arrojo no vale,  
 porque da la muerte á un héroe  
 el mosquete de un cobarde.  
 El rey Francisco primero,  
 que ve el éxito nublarse,  
 y teme que la derrota  
 corone al fin sus afanes,  
 lánzase á caballo al punto,  
 le destroza los hijares,  
 y penetra en lo mas recio  
 circundado de sus grandes.  
 Pero su valor heróico  
 trócase pronto en coraje,  
 al ver que su paso obstruyen  
 los heridos y cadáveres.

Reina á su lado la muerte,  
y apenas pasa un instante  
sin que caigan moribundos  
sus mas fuertes capitanes.  
Bonivet que le aconseja  
quiere del riego escudarle;  
pero una bala en su pecho  
camino á la muerte abre.  
Todo en torno suyo es presa  
de la parca inexorable:  
hasta su mismo caballo,  
compañero en cien combates,  
herido tambien de muerte  
lanza un rugido salvaje;  
encabritase un momento,  
retrocede vacilante,  
y cae al suelo en seguida  
para nunca levantarse.  
Solo el monarca valiente  
vive para los pesares,  
pues al empuñar, ya en tierra,  
el acero centellante,  
ansioso de hallar la muerte,  
como pide su linaje,  
el soldado Juan de Urbietta,  
hijo de los vascos valles,  
le hace osado prisionero  
y para la gloria nace.  
El ejército de Francia  
muestra su postrer arranque;  
pero humillado y vencido  
emprende fuga cobarde,  
y en el Tessino hallan muerte  
los que en él quieren salvarse.  
¡Victoria! claman doquiera  
nuestros tercios indomables.  
¡Victoria! repite el eco  
por las montañas distantes,  
y aquellas alegres voces  
forman extraño contraste  
con los ayes que despiden  
los que moribundos yacen.  
Y el rey Francisco primero,  
arrojado en el combate,  
sereno en su vencimiento  
y en su cautiverio grande,  
levanta altivo la frente,  
que anublaron los pesares,  
para, si todo se pierde,  
que la honra al menos se salve.

### III.

Preso se halla el rey de Francia  
y á Madrid van á llevarle:  
un capitan madrileño  
guarda al régio personaje,  
y en la casa solariega,  
que tiene en los arrabales  
Hernando Alarcon, le ofrece  
local en donde hospedarse.  
Allí quiere Cárlos quinto  
que sus órdenes se aguarden  
y que espere el prisionero  
los acuerdos imperiales.  
El soberano de Francia,  
fuerte y poderoso antes,  
cruzó la puerta mezquina  
con anublado semblante.  
Hernando Alarcon le guia,  
y ya en la torre al dejarle,  
tales palabras le dice,  
nacidas de su alma grande.

—«Señor, si el destino adverso  
mi huésped agora os hace,  
azares son de la guerra  
y de la fortuna azares.  
Mas, ni el ánimo atrevido  
por ellos duda ó se abate,  
ni mostrar tal desaliento  
á un rey cristiano le es dable.  
El glorioso Cárlos quinto,  
que el cielo cien años guarde,  
pronto os dejará que libre  
torneis á vuestros hogares  
ó albergue os dará mas digno  
de vuestro valor y clase.  
Y cuando aquesto suceda,  
para memoria constante,  
de que esta modesta torre  
presenció vuestros pesares,  
yo haré que nunca se habite,  
y que por siempre se tapie,  
así que os deje salida,  
la puerta por donde entrásteis.»  
Si fué buen augur Hernando  
en la Historia verlo es fácil;  
de si cumplió su promesa  
la duda, injusticia es grande,

pues la puerta primitiva  
que existió en los arrabales,  
conserva, tapiada siempre,  
la *Casa de los Lujanes*.

#### IV.

De los hechos referidos  
aun es recuerdo constante  
un edificio ruinoso  
y de aspecto triste y grave,  
que entre otras cien construcciones  
destacándose arrogante  
abre al pasado las puertas  
y recuerda otras edades.  
Otras edades que España  
en registrar se complace  
buscando pasadas glorias  
en vez de presentes males.  
Ni los siglos á su paso  
ni las rudas tempestades  
lograron tirar por tierra  
sus muros cuadrangulares.  
De un siglo de triunfos lleno  
caduco representante  
aquel célebre edificio  
del tiempo sufrió el embate,  
sin vacilar un momento  
sobre sus robustas bases.  
Mil veces cuando las sombras  
van sucediendo á la tarde,  
absorto en mis pensamientos  
ví su torre destacarse,

y sentí que el genio altivo  
de las glorias nacionales  
depositaba en mi alma  
estas inspiradas frases:

«En esa torre mezquina  
se albergó un rey indomable,  
que España derrotar supo  
tras un reñido combate.  
Ejemplo de añejas glorias,  
trasunto de hazañas grandes,  
recuerdo durante siglos  
de otro siglo de gigantes,  
en mengua del mismo tiempo  
consérvase inalterable  
y al pueblo español le dice  
en sus piedras seculares:  
«Si alguna vez el destino  
tus limpias glorias abate;  
si á luchar vuelves ansioso  
por tu suelo y por tus lares;  
si el atrevido extranjero  
quiere acaso subyugarte,  
nunca te arredre el recelo,  
nunca el ánimo cobarde  
quite á tu brazo robusto  
su denuedo formidable;  
lucha, vence en la contienda  
que la suerte te depare,  
y sepa asombrado el mundo  
que si un rey quiere domarte  
aun le dará alojamiento  
la *Torre de los Lujanes*.»

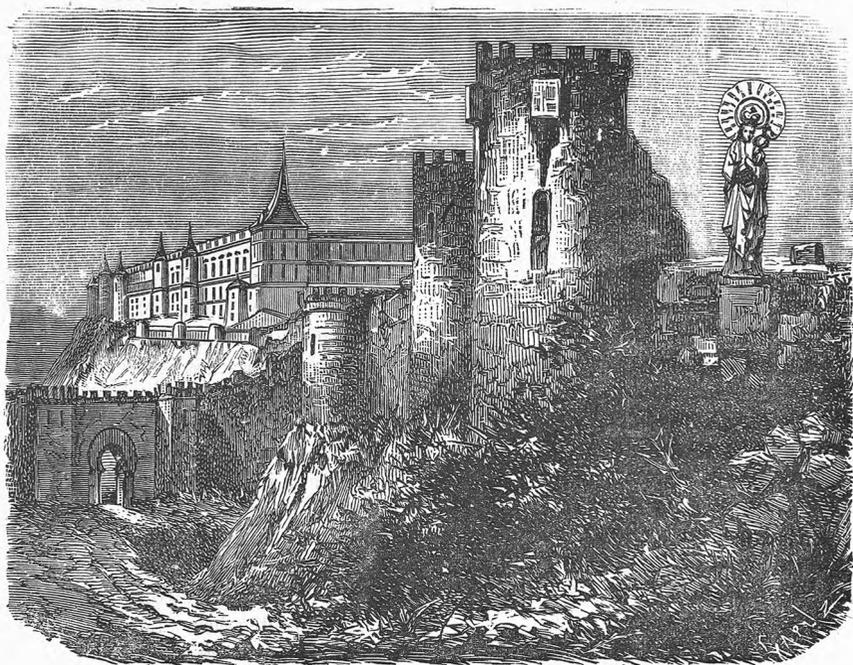
O. y B.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1870.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
Rollo, 6, bajo.



Antiguo Alcázar de Madrid.

## El voto de Alfonso sexto.

(HISTORIA DE LA VIRGEN DE LA ALMUDENA.)

4085.

### I.

En la Mantua Carpetana  
están las calles desiertas,  
mudas las casas, y el cielo  
cubierto de nubes negras.  
Silencioso está el castillo,  
solitarias sus almenas,  
y á no verse el compasado  
paseo de un centinela,  
juzgárase que en sus muros  
no guarda gente de guerra.  
¿Dónde están los Mantuanos?  
Juntos vienen de la Iglesia.  
Bien lo dicen su medida,

y sus vestidos de fiesta,  
y el llevar al descubierto  
las abatidas cabezas.  
Bien lo dice una cruz tosca  
que siguen con reverencia  
varios clérigos cantando,  
y unas andas en que llevan  
á la Virgen de la villa,  
á su madre y á su reina.  
Vienen detrás las mujeres  
con encendidas candelas  
é impacientes y parleros  
sus hijos vienen con ellas.  
Hacen los varios colores  
del traje, confusa mezcla,

y los diversos murmullos  
un solo rumor sustentan,  
voces que á intervalos cantan,  
voces que á intervalos rezan.  
—Madre; dice un rapazuelo  
á la mujer que lo lleva.  
¿A dónde van con la Virgen?  
Y le responde:—A esconderla,  
que son los moros capaces  
de sacrilegios que aterran,  
y acuita á los Mantuanos  
tener á los moros cerca.  
No muy lejos una anciana,  
que se reprime con pena,  
murmura con voz temblona:  
—Mal pecado y mala mengua  
nos trujo el rey Don Rodrigo,  
que si el cielo nos aprieta  
del mucho holgar en el Tajo  
fué la culpa manifiesta.  
—¿Para qué teneis espadas  
si no sabeis usar de ellas?  
dícele un viejo á un guerrero,  
y este, que presto se quema,  
responde:—En verdad que ansío  
que á Mantua los moros vengán  
por ver si tienen tan dura  
la piel como vos la lengua.  
La procesion sigue en tanto  
hacia el lado de la vega,  
y al llegar á la muralla  
se detiene, dobla en tierra  
la rodilla, y en silencio  
al llanto que corra deja.  
Llevan la Virgen á un cubo,  
delante ponen dos velas  
encendidas, y lo tapián  
con mas cuidado que priesa.  
Poco despues, ¡pobre Mantua!  
pisa la hueste agarena  
sus calles y en su castillo  
la infiel media luna ondea.

## II.

Junto á la imperial Toledo,  
y en la campiña que riega  
el Tajo, que en su corriente  
oro y cristal juntos lleva,  
asiéntase un campamento

en armas rico y en tiendas,  
que son variadas, y muchas,  
y con distintas enseñas.  
La cruz estiende sus brazos  
sobre aquel bosque de telas,  
y de la cruz al amparo,  
ornada de insignias regias  
una tienda se levanta  
magestüosa y severa.  
Con gran recato la guardan  
los apuestos centinelas,  
que allí Don Alfonso el sexto  
descansa de sus faenas,  
si es que descansar los reyes  
pueden en tiempo de guerra.  
Desvelado está el caudillo  
en grado tal, que la tienda  
mide con inquietos pasos  
y al fin se sale á la puerta,  
mas aire buscando el pecho  
y con la vista mas tierra.  
Es de noche: de Toledo  
los minaretos descuellan  
como remates del cerro  
perdido entre sombras negras,  
y aunque á intervalos la luna  
pálidos rayos refleja,  
solo á la vista permite  
ver que Toledo está en vela,  
por los acerados visos  
con que su luz centellea.  
A sus pies murmura el rio,  
parece que en son de queja,  
y estraños sonidos forma,  
que en ocasiones semeja  
que va arrastrando armaduras  
y las choca con las piedras.  
A veces rumor confuso  
finge de ruda pelea,  
y á veces suspiros, ayes,  
ecos que lloran muy cerca.  
Estremécese el caudillo  
y en los imposibles piensa  
que de loco le acredita  
en su proyectada empresa,  
que él sabe luchar con hombres,  
y dominar á las fieras;  
pero no espugnar los muros  
que guarda naturaleza  
con escarpadas alturas,

con abismos por do rueda  
caudal tan crecido de agua  
de tan potente fiereza.  
Sus ojos levanta al cielo  
pidiendo al cielo clemencia,  
y acuérdate de María,  
y la tradición recuerda  
de aquella escondida efigie  
que busca con insistencia  
Madrid, pues que existe sabe  
é ignora donde se encuentra.  
Cuando cercaba sus muros  
imaginó Alfonso vella.  
Ganó á Madrid, y buscóla  
con cuidosa diligencia;  
pero fuese sin el logro  
del hallazgo por la priesa  
de poner cerco á Toledo  
con cuya conquista sueña.  
Párecele que la Virgen  
está con él descontenta,  
porque dejó de buscalla  
por irse tras otra empresa  
y dá de ser mal vasallo,  
y mal caballero muestra  
quien por buscar su provecho  
no sirve bien á su reina.  
Con lágrimas en los ojos  
dobla la rodilla en tierra  
y de buscar á la Virgen  
hace solemne promesa  
tan pronto como Toledo  
vencida y tomada sea.  
Entonces rasga la luna  
las nubes en que está envuelta  
y la ciudad ilumina  
con luz misteriosa y bella.  
Suspende el Tajo su furia,  
Alfonso tranquilo queda,  
en dulce sueño gozando  
de perspectivas risueñas,  
y al cabo de dos semanas  
se alzan del campo las tiendas,  
porque rendida Toledo  
abre al sitiador sus puertas.

### III.

¿Qué es lo que en Madrid ocurre?  
¿qué furor extraño ciega

á magnates, y villanos,  
á guerreros, y doncellas?  
Los góticos edificios  
registran con tales veras,  
que al cabo de pocos días  
vienen á quedar por tierra.  
No se apagan las antorchas  
en subterráneos y cuevas,  
que ensanchan y profundizan  
excavaciones inmensas,  
y en la villa y en el campo  
se busca con vista inquieta,  
palmo á palmo se registra  
se mueve piedra por piedra.  
Diz que Don Alfonso el sexto  
tales pesquisas ordena  
en cumplimiento de un voto,  
y el pueblo con gusto presta  
por encontrar á su Virgen,  
consejos, caudal y fuerza.  
Al cabo de algunos días  
ofúscanse las cabezas,  
las esperanzas se pierden,  
se rinden las fuertes diestras,  
y en desordenados grupos,  
sin concertar las ideas,  
cavan, demuelen, destruyen  
todo lo que al paso encuentran.  
El rey, que es poco sufrido,  
estrageo mayor proyecta.  
Dice que la Villa es suya,  
que la ganó en buena guerra  
y ha de arrancar los cimientos,  
trocar en valle la vega,  
y entrarse luego en el río  
á registrar sus arenas.  
Sábelo el pueblo y le envía  
quien le hable de esta manera:  
—«Señor, las vidas son tuyas  
lo mismo que las haciendas:  
si quieres ver demolidas  
las casas, danos licencia,  
que ya nos come el deseo  
de poner la mano en ellas.»  
Mucho place al rey su pueblo  
y á darle va la respuesta,  
cuando el sesudo prelado  
de la toledana iglesia  
con voz mesurada y firme  
dice las palabras estas:

—«Mal imaginas, Alfonso,  
que se hallan del cielo prendas  
con ímpetus que suponen  
mas bien que piedad soberbia.  
Antes que aumentes el daño  
á Madrid, ve tu conciencia,  
que quien vierte mucha sangre  
con mucho descuido peca,  
y pecados de los reyes  
de pueblos son penitencia.  
Si hacer cenizas resuelves  
para hallar la Virgen, sea:  
hunde tu frente en el polvo,  
pon ceniza en tu cabeza.»  
Picado el rey del consejo  
siente correr en sus venas  
fuego que al rostro le sube,  
y las megillas le quema;  
mas trascurrido un instante  
se inclina con reverencia  
y del anciano prelado  
humilde la mano besa.

#### IV.

En la Mantua carpetana  
están las calles desiertas;  
silencioso está el castillo;  
solitarias sus almenas.  
¿Dónde están los Mantuanos?  
Juntos vienen de la iglesia,  
que bien lo dicen de lejos  
voces que cantan y rezan.  
En procesion muy lucida  
camino van de la vega  
y el rey Don Alfonso el sexto  
va con humildad estrema:  
luego siguen las mujeres  
con encendidas candelas  
é impacientes y parleros

vienen sus hijos con ellas.  
Entre la piadosa turba  
destácase una doncella  
de hermosura peregrina,  
que, entre llorosa y risueña,  
va diciendo: —«Virgen Santa  
hora es ya de que parezcas.  
Lavó de un rey el pecado  
un mar de lágrimas nuestras.  
Si la ciudad perros moros  
profanaron con su huella,  
mira que ya con su sangre  
hemos lavado la tierra,  
y para que no la pises  
la cubre gloriosa tela,  
pues hoy nuestro amor te pone  
por alfombra sus banderas.»  
La procesion llega al muro  
y, cual si sus ruegos fueran  
irresistibles arietes,  
desplómanse algunas piedras,  
húndese parte de un cubo  
do brilla una luz intensa  
y en él preséntase al pueblo  
la Virgen de la Almudena,  
con las velas encendidas  
que se escondieron con ella,  
sin ser tres siglos bastantes  
para mermarles la cera.  
Madrid, Madrid, tu patrona  
de tantas glorias emblema,  
la Virgen que fué en el muro  
testigo de tus grandezas,  
la que guardando la villa  
tornó su color morena,  
la que buscó el bravo Alfonso,  
la que apareció en la Vega,  
en la Mantua carpetana  
no tiene un templo siquiera.

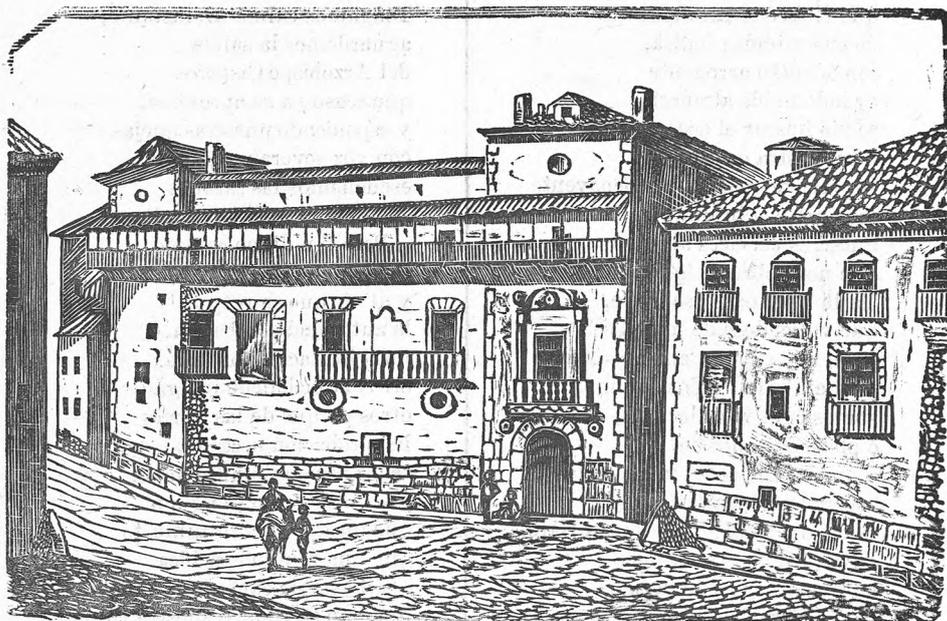
J. R.

(Es propiedad.)



DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1870.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
Rollo, 6, bajo.



# El Cardenal Cisneros.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1516.

## I.

En un sencillo aposento  
de la morada que habita  
en Madrid, el Cardenal  
Gobernador de Castilla,  
discutiendo varios nobles,  
mas que con calor con ira,  
aguardan á su Eminencia  
que está celebrando misa.  
Enriquez y Pimenteles,  
Haros, Girones, Medinas,  
ven allí representantes

de sus progenies altivas;  
y á fé que las duras mallas  
y las corazas bruñidas  
que en vez de brocado ó pieles  
sus anchos hombros cobijan,  
manifiestan á las claras  
que su temprana visita  
ni es respetuoso homenaje,  
ni rasgo de cortesía.

Sus descompuestas palabras  
ódio y cólera respiran  
hácia el poder vigoroso  
que sus blasones humilla,

y mas de una vez, llevados  
por la pasion instintiva  
que el reconcentrado fuego  
de sus miradas indica,  
con ademan arrogante  
de indomable altanería  
se vió buscar el acero  
á su diestra convulsiva.

—«¿Hasta cuándo, un Benavente  
esclama, serán sumisas  
nuestras cervices al yugo  
que nos cubre de ignominia?  
Ya lo veis, para ese fraile,  
que valiéndose de intrigas  
tiene hoy en su mano el cetro  
y en ambos mundos domina,  
somos cual viles lacayos  
ó plebe desconocida,  
á quien se hace en la antesala  
esperar una sonrisa.»

—«¡Voto á tal! contesta un Haro,  
cuyas tostadas mejillas  
cubren del orgullo herido  
las arrebatadas tintas;  
¡voto á tal! que si esas frases  
que aun me hieren sin oirlas,  
procediesen de otra boca  
mas baja ó menos amiga,  
pronto les diera mi espada  
contestacion merecida,  
cortando la torpe lengua  
que se atrevió á proferirlas.»

—«Guardad de ese ardor los brios  
para otra causa mas digna,  
que á quien dobla cual vasallo  
ante un fraile la rodilla,  
ni cuadran tales arranques  
que la humildad abomina,  
ni le están bien otras armas  
que el hisopo y la capilla.»

—«Paz, señores; interrumpe  
Enriquez, cuya política  
en aras de la prudencia  
las pasiones sacrifica.

¿Es posible que arrastrados  
por inútiles rencillas  
deis al olvido el objeto  
que causa nuestra venida?  
Mal consejero es el ódio  
y mal amigo la envidia

cuando en asuntos de Estado  
la imaginacion vacila.  
Tengamos calma un instante,  
aguardemos la salida  
del Arzobispo Cisneros  
que acaso ya se aproxima,  
y esponiendo nuestras quejas  
con voz severa y tranquila,  
escuchemos las razones  
con que su conducta esplica.»

Pero tan digno consejo  
las pasiones no mitiga,  
y al oir que se respeta  
la autoridad combatida,  
unos la atacan por dura,  
otros la tachan de indigna,  
otros porque de las Córtes  
la aprobacion necesita;  
todos peroran á un tiempo,  
y á tal estremo se agitan  
que mas parece un tumulto  
que una reunion pacífica.

—«¡Basta de contemplaciones  
que han de causar nuestra ruina!  
prorumpo con voz de trueno  
un Giron, ardiendo en ira.  
Acordémonos, señores,  
que en ocasion parecida  
nuestros ilustres abuelos  
esgrimieron la cuchilla,  
y si un Beltran de la Cueva  
y un Luna, vieron perdida  
su privanza ante el empuje  
de los nobles de Castilla,  
no ha de conseguir un fraile  
empresa tan atrevida,  
que la fuerza de su brazo  
de nuestro silencio es hija.  
Al campo, pues; de la Córte  
dejad las sendas torcidas.»

Al campo, y que viva el rey,  
si jura nuestras franquicias.»

Un aprobador murmullo  
espresa las simpatías  
de los oyentes, que acojen  
sin discutir la medida;  
mas al dirigir sus pasos  
á la puerta de salida  
se abre esta y el Cardenal  
se les ofrece á la vista.

## II.

El conquistador de Orán;  
el hombre que ante la historia  
se ha presentado ceñido  
por una triple aureola;  
el que invirtiendo sus rentas  
en inmarcesibles obras,  
alzó con ellas un templo  
á las letras españolas,  
y de la naciente imprenta,  
como muestra portentosa  
dejó en la *Biblia poliglota*  
un monumento de gloria;  
el que sostuvo en sus manos  
el peso de dos coronas,  
haciendo morder el polvo  
á una nobleza orgullosa,  
ningun distintivo ostenta  
que revele en su persona  
la suprema dignidad  
que ejerce con tanta honra.

Tosco sayal franciscano  
cubre sus enjutas formas,  
como testigo elocuente  
del origen que le abona,  
y con sandalias de cuerda  
bajo del hábito asoman  
aquellos piés que del trono  
pisan las régias alfombras.  
Unicamente en su pecho  
luce la muceta roja  
con que premiar sus virtudes  
quiso la Sede apostólica,  
como para hacer patente  
que por la fé religiosa  
vertería de su sangre  
hasta la postrera gota.

Pero en cambio ¡qué grandeza  
hay en su frente espaciosa!  
¡qué penetracion se advierte  
en su pupila recóndita!  
Tras de la humilde apariencia  
de que su exterior blasona,  
de la energía y del génio  
arder la llama se nota,  
revelando sus miradas  
esa fuerza misteriosa

de los hombres á quien Dios  
sobre los hombres coloca.

Y tanto es así, que al verle  
la reunion tumultuosa  
retrocede subyugada  
y su rencor aprisiona.

## III.

— «Escusadme, caballeros,  
si he tardado á pesar mio,»  
dice el noble Cardenal  
tomando asiento tranquilo;  
«y ora esponed francamente  
de vuestra queja el motivo,  
que si él es justo y yo puedo,  
no sereis desatendidos.»

Mas aunque así les invita,  
aquellos nobles altivos,  
ó por cólera, ó por miedo,  
guardan extraño mutismo;  
hasta que al fin Benavente,  
interpretando atrevido  
el pensamiento de todos,  
responde en tono conciso:

— «La nobleza castellana  
quiere, señor Arzobispo,  
que en la direccion del reino  
sea su voto atendido.  
Es costumbre que han guardado  
los reyes durante siglos,  
y no es cosa ¡vive Dios!  
que la rompan sus ministros.»

— «Aunque para obrar cual obro,  
le contesta el gran político,  
puedo presentar, señores,  
un incontestable título,  
estoy dispuesto á cederos  
el gobierno que no ansío,  
si citais en vuestro apoyo  
un fundamento legítimo.  
¿Qué monarca ha sancionado  
ese privilegio ínico?  
¿qué ley concede á los nobles  
tan inmenso poderío?»

— «¿Qué ley? La de la conquista;  
el derecho que ha nacido  
de la sangre derramada

en combates infinitos. Nuestra espada creó el reino, y si un Señor consentimos, la autoridad nos compete cuando el trono está vacío.»

—«La autoridad es de Dios, y él se la dá á los unjidos para velar sobre el pueblo, como padres por sus hijos. Por voluntad de Fernando, hasta que su nieto invicto venga á ceñir la corona, debo ejercerla, aunque indigno; y si apelando á la fuerza intentáreis impedirlo, á fin de guardarla incólume, el cielo me dará auxilio.»

—«¿Adónde están los poderes de que os creéis revestido? Mostradlos: sepa Castilla quién la manda y con qué títulos.»

—«Los vereis, dice Cisneros, y abriendo un balcon vecino, añade: «para vosotros no pueden ser mas legítimos.»

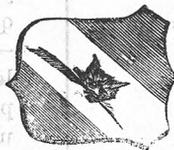
Con asombro y estrañeza,

se agolpan á ser testigos los nobles; pero bien pronto retroceden confundidos, que en un llano que se estiende delante del edificio, miran formado un ejército de continente aguerrido.

—«Aquí tenéis mis poderes, dice el Cardenal ministro, creo que harán respetable de la diadema el prestigio, que hasta la ley es inútil sin apoyo positivo, y ante argumentos de espada, quien razona está perdido.»

Aquella osada energía que aniquiló el feudalismo, hizo posibles las glorias del inmortal Cárlos Quinto; y si en los presentes males aun nos consuela su brillo, lo debemos á Cisneros, al fraile de San Francisco.

L. V. y D.



ES PROPIEDAD.

DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1870.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
Rollo, 6, bajo.



# La batalla de Otumba.

(ROMANCE HISTÓRICO.)

1520.

## I.

EUROPA Y AMÉRICA.

Region vestida de palmas,  
y coronada de estrellas,  
que el viento del mar sacude  
tu arrogante cabellera.  
Con tu manto de esmeralda,  
y tus brillantes riquezas,  
ven, hermosa, al himeneo  
de otro mundo que te espera.  
Y el sol que en rubor enciende  
sangre virgen de tus venas,

del gigante desposorio  
la nupcial antorcha sea.  
Sobre la ruina del orbe  
un tierno abrazo se dieran  
dos hermanos, bajo el llanto  
de la bendicion paterna.  
Uno á Oriente, otro á Occidente,  
el hogar amado dejan,  
sus adioses resonando  
hasta perderse en las nieblas.  
Y desde aquel triste dia,  
peregrinos por la tierra,  
la humanidad dividida  
su antiguo lazo recuerda:

tiempos y espacios hollando,  
razas y mundo se encuentran;  
otro abrazo se repite,  
y otras lágrimas, se mezclan.

## II.

Mas entre pechos amigos  
la discordia se intercepta,  
y emponzoña los alientos  
con el humo de su tea.  
¡Himnos de gloria á Pizarro,  
Colon, Ponce, Balboa, Ojeda,  
noble estirpe de Titanes  
que asaltaron otra esfera!  
Y á Hernan Cortés, que la espalda  
de un nuevo gigante aferra,  
que de sus brazos robustos  
quiere romper la cadena.  
Vate, pulsa el laud de hierro,  
haz vibrar sus roncadas cuerdas;  
la patria cubre su rostro  
con un manto de vergüenza.  
¡Todo se ha perdido menos!...  
No encaja aquí la sentencia;  
tus hijos ván cual rebaño  
vendido á baja moneda.  
Y tú, pobre y fiel despojo  
de lo que un día fué América,  
ven á gemir solitaria  
del mar en la altiva peña,  
donde su cetro estendido  
y puesto el sol por diadema,  
España contó sus pueblos  
como un pastor sus ovejas.

Al paso de la calzada  
de Méjico la soberbia,  
á la marcha de españoles  
los indios ponen barreras,  
y con número espantoso  
caen en terrible sorpresa,  
y al fin de tantas victorias  
faltó la fortuna adversa.  
El ejército combate  
con las sombras que le cercan;  
á enorme usura se vende  
cada ápice de existencia.  
Salvos al fin por su esfuerzo,  
¡horrible noche fué aquella!  
Cada cual llama al amigo  
y un ¡ay! lejano contesta.

Medrosos rayos de luna  
sobre el lago amarillean,  
y su sudario de nubes  
baja á partir con la tierra.  
Las mejicanas canoas  
por las aguas verdinegras,  
cruzan la Estigia laguna  
en su derrota dispersas,  
y con gritos de agonía  
las saludan sus riberas.  
Hernan Cortés, reclinado  
bajo un árbol, sobre piedras,  
cubierto se vé de sangre  
algo suya, y mucha agena.  
Una india á sus pies le mira,  
su noble cintura estrecha,  
y en sus rodillas apoya  
blandamente la cabeza.  
Flotando el tul trasparente  
de su hermosa cabellera,  
descansa en círculos de ébano  
sobre el rocío y la yerba.  
Suspiros del blando seno  
las ondas del manto velan,  
arca henchida de tesoros  
y por lo henchida entreabierta.  
¡Oh, errante mujer, que sigues  
los verdugos de tu secta,  
y cual guirnalda de esposa  
ciñes la esclava cadena!  
Otros á tu nombre añadan  
nombres de honra ó de anatema;  
de la conquista de un mundo  
España te debe media.  
El amor fué tu destino,  
tu lealtad tu blason sea,  
¿el corazón tiene patria,  
ni enemigos la belleza?

## III.

—¡Aito! Hernan Cortés esclama  
enfrenando su audáz yegua,  
y el ejército detiene  
su marcha á la voz enérgica.  
Delante vé de enemigos  
muchedumbre tan inmensa,  
que aún detrás del horizonte  
la gran retaguardia queda.  
En su brazo levantado,  
todo un imperio blande

el rayo de la venganza,  
cauterio de las ofensas.  
Con un esfuerzo jigante  
hollar la fortuna intenta,  
y mostrar á la invencible  
si algo hay, que el teson no venza.

—Ya no somos ni dioses ni inmortales;  
todo el poder de Méjico nos cerca,  
y en la sangre española por escarnio  
nos arrojan mojadas las saetas.  
¡Hé aquí, valientes, en el borde estamos  
de un porvenir de gloria ó de vergüenza!  
no hay mas abrigo ya que los mosquetes,  
¡la honra el solo prestigio que nos resta!

La voz de Cortés apagan  
furiosos gritos de guerra,  
que en sus valientes soldados  
hierven la ira y la impaciencia.  
Bélico estruendo retumba,  
voces, caballos, cornetas,  
y el pavoroso chirrido  
de las armas que se aprestan.  
Sus seiscientos españoles  
forman el centro, en hileras  
de batalla, á cada flanco,  
mil valientes tlascaltecas.  
El escuadron de ginetes  
y los cabos de mas cuenta,  
detrás en masa compacta  
tirando ván de las riendas.  
Hernan Cortés á galope  
cruza como una centella  
por delante de las filas  
que al pasar le victorean.  
Con sus ojos les anima,  
con su ademan les arenga,  
aquí dejando una afable  
sonrisa, allí una advertencia.  
¡Qué rica armadura viste!  
¡qué gallarda gentileza!  
¡al soplo de la victoria  
cuán bien su plumaje ondea!  
¡Marchen! resonó imponente,  
y á la vibracion contesta  
como golpe de batanes,  
de los pasos la cadencia.  
Los brazos la lanza afirman,  
los rayos al hombro tercián,  
y del gran valle de Otumba  
pisan la llanura estensa.

Precipitanse corriendo  
los indios á sus trincheras,  
con tan discorde alarido  
amenazan y denuestan,  
capaz de clavar de espanto  
en mitad de su carrera,  
á los bárbaros de Atila  
galopando sobre hienas.  
Lós penachos de colores  
son de comarcas diversas,  
que al comun peligro vienen  
con su gente y su nobleza.  
Los miles mas escogidos  
al gran general rodean,  
sobre andas de oro llevado  
con augusta preferencia.  
Y de oro y ricos plumajes  
alza su mano la enseña,  
corazon de aquel imperio,  
y devastador profeta.  
No albergó jamás la vida  
en campo donde saliera,  
su reflejo, es de la muerte  
la sonrisa amarillenta.  
¡Momentos de inquietud! ambos  
ejércitos se contemplan;  
¡fuego! entre gritos las mangas  
de arcabuceros resuena;  
el estruendo envuelto en humo,  
la muerte en rayos envuelta.  
La ira se arrojó al combate;  
remoja sus fáuces secas  
feroz libacion, con sangre  
de las víctimas primeras.  
Y abarcando con el giro  
de su brazo, ambas potencias,  
vierte la copa, como una  
maldicion en sus cabezas.  
Ya es imposible á los ojos  
seguir las balas, las piedras,  
ni de la horrible hecatombe  
las desgarradoras quejas.  
¡Cuán bien rajan las cuchillas  
en las carnes indefensas!  
¡y bajo las mazas, gimen  
las resonantes rodellas!  
Del morrion al restallido  
cráneo y ojos saltan fuera;  
los troncos despedazados,  
las armaduras en piezas.

Ruidoso y fiero galope  
de los caballos se acerca;  
con sus brazos impetuosos  
derriban tropas enteras.  
Espanto dán los relinchos,  
la monstruosa corpulencia,  
la espuma que al rostro arrojan,  
y su obediente fiera.

Ancho campo ván abriendo,  
que en cuanto pasan se cierra,  
y montones de cadáveres  
á su cansancio interceptan.

Una hora, otra hora agonizan,  
cien mil mueren, cien mil quedan,  
no se vén menguar los vivos  
aunque hay mas muertos que yerbas.

—¿Señor, os volveis herido?  
esclama la india, resuelta,  
llegando á Cortés en medio  
de la encarnizada brega.

—Preciso es morir, la dice.

—¿Morir, señor?—Ya no resta  
mas noble esfuerzo.—Sí, ¡el último!  
¡coged la imperial bandera!

—¡Marina!—Y Méjico es vuestro.

—Oh, adios, si vuelvo...—Con ella  
señor, mis ruegos os guardan.

Cortés sus gefes congrega,  
y detrás de él á galope  
cuantos le escucharon vuelan.

Lanza en ristre y adelante,  
fuerte brazo, vista ciega,  
como un huracan de hierro  
al pié de las andas llegan.

Y con el ímpetu mismo  
Cortés su lanzon estrella,  
y las andas colosales  
al choque se bambolean.

Cuando un alevoso golpe

hiende su erguida cimera,  
y por un instante puso  
la victoria en contingencia.

Mientras los suyos en torno  
los brazos le tienden, mientras  
los vencidos reorganizan  
incansable resistencia,  
noble Juan de Salamanca,  
tú, á la vacilante empresa  
la áncora firme arrojaste  
en el poder de tu diestra.

El caballo empantanado,  
salta del caballo á tierra,  
calle abriéndose entre lanzas,  
como un tigre entre malezas.

Hiende, derriba, y la espada  
por el estandarte trueca;  
él quedó en su fuerte mano,  
y en el pecho enemigo, ella.

—«Tened, señor;» de rodillas  
á Cortés se lo presenta;  
los dos valientes se abrazan;  
un génio, y un soldado eran,

—«¡Dioses son!» los indios gritan.

Y como al viento las nieblas  
la aterrada muchedumbre  
busca güarida en las peñas.

Cortés así le responde,  
mientras las parcas hambrientas  
sobre el campo se detienen  
rendidas y satisfechas.

—«Tomad, Juan de Salamanca,  
bien lidiásteis, joya es vuestra;  
quien tan noble formó el cielo,  
digno es de humana nobleza.

Para vos y vuestros hijos  
por timbre os lego la enseña,  
en nombre del Dios que os guarda,  
y del Rey que por mí os premia.»

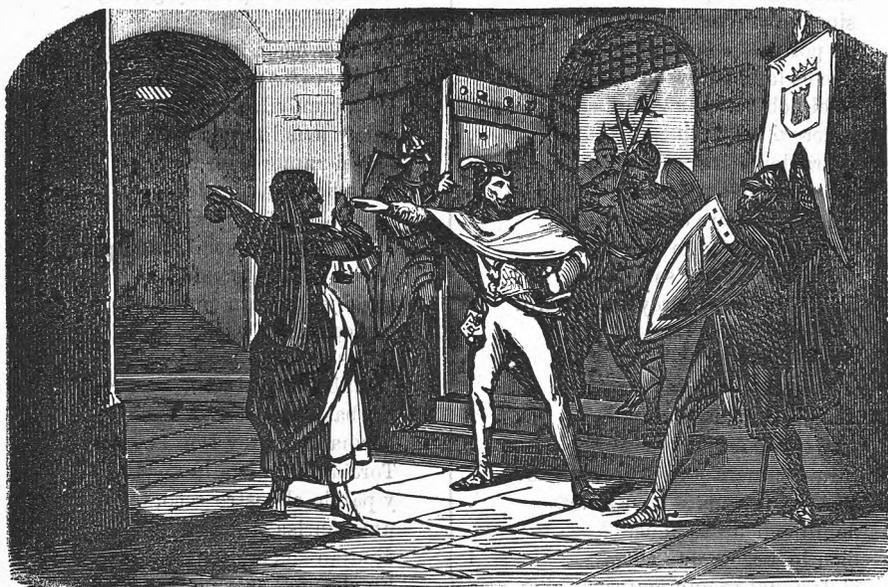
J. C.

(Es propiedad.)



DEPÓSITO CENTRAL,  
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,  
Carretas, 9.

MADRID: 1870.  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
Rollo, 6, bajo.



## La luz de un candil.

(TRADICION DE LA ÉPOCA DE DON ENRIQUE II.)

Dice Madrid que en Castilla solo manda el rey Don Pedro; mientras Don Enrique avanza con sus bastardos ejércitos. Quiere el trono de su hermano, y aunque le falta derecho, oro tiene y muchas gentes que comprar al extranjero. Encima de la justicia y el valor han de ponerlo, que vienen muchos Bertranos en los que le van siguiendo. Llegan al fin: pero gritan los de la villa, mas récio, que no ha de entrar en su alcázar

un monarca aventurero. En los atrevidos muros se agrupan los Madrileños: si muy bien saben tomarlos mejor sabrán defenderlos. Mucho avanzan los de fuera; y aunque pocos los que hay dentro, oponen valla terrible con su valor y sus pechos. Mas son vanos con la infamia sus arrogantes esfuerzos; no se han de ahogar sus lealtades entre la sangre y el fuego. No: la mano que amenaza es cobarde y caerá presto

sin ser vista, por la espalda,  
y entre las sombras y el sueño.  
El sitiador se promete  
sin combatirlos vencerlos,  
no por fuerza, por astucia  
que es la máscara del miedo.  
Si el noble á la luz del dia  
muere ó vence en campo abierto,  
el traidor hiere en la noche  
con precaucion y silencio.  
Un cetro quiere el bastardo  
aunque tenga que cogerlo  
roja la mano con sangre  
de su hermano el rey Don Pedro.

### I.

Fuera de Madrid, y cerca  
del sitiador campamento,  
hay una pobre casucha  
ruin por fuera y ruin por dentro.  
Que es vivienda y no sepulcro  
de un femeníl esqueleto  
bien lo dice de una rueca  
el desigual movimiento.  
Sentada en banquetta tosca,  
bajo el rostro, por el peso  
de una idea miserable  
que se agita en su cerebro.  
Tranquila está: que los años  
le han puesto el rostro sereno  
y han apagado en sus ojos  
la luz de los pensamientos.  
Pero el tiempo que á la tierra  
ha ido encorvando su cuerpo  
no pudo hacer que su alma  
empiece á mirar al cielo.  
Oro ansía y hasta el alma  
hubiera vendido há tiempo,  
si los bienes del diablo  
pudiera alguno tenerlos.  
Y los que morir la vean  
bien pueden decir que ha muerto  
si al resonar de un bolsillo  
no hace ningun movimiento.  
Infame su vida fué,  
infames fueron sus hechos,  
y aun le queda que hacer algo  
para ganarse el infierno.  
«¡Viva Hernan Sanchez de Vargas!»  
suenan voces á lo lejos:

«¡viva Madrid! ¡viva el rey  
y fuera los Enriqueños!»  
Estruendo de armas y gritos,  
mezclado en confusos ecos,  
conduce hasta la hilandera.  
En sus ráfagas el viento.  
Pero inmóvil, silenciosa,  
lino y mas lino tejiendo,  
oye el rumor y no muestra  
ni curiosidad ni miedo.

En la puerta sonó un golpe,  
alzóse la vieja presto,  
abrió y entró un embozado  
con cauteloso silencio.  
Atrás echando la capa,  
descubrió aquel rostro enfermo  
del bastardo Don Enrique  
hermano del rey Don Pedro.  
Torcida, inquieta la vista,  
y pálido el rostro seco,  
una sonrisa siniestra  
dibujan sus lábios trémulos.  
En el puñal asesino  
tiene clavados los dedos  
sujetando la esperanza  
de sus villanos intentos.  
Su figura es el retrato  
de su espíritu pequeño  
vilmente ahogado en la carcel  
de sus livianos deseos.  
Y traidor y receloso  
cualquiera diria al verlo,  
sabrà robar cien coronas  
mas no conquistar un reino.

—«Habla, le dice á la vieja,  
»iré dije, solo vengo  
»á saber cosas que sabes  
»y á dejarte mi dinero.»  
—«Señor; á Madrid quereis,  
»y Madrid ha de ser vuestro,»  
dice la anciana temblando,  
por los años y el respeto.  
«Aquí se encuentra la entrada  
»del subterráneo secreto;  
»conozco bien de la cava  
»los peligrosos cruzeros.  
»De antiguos trabajos moros,  
»útil y feliz recuerdo,

»para bien de vuestra causa  
»mis padres la descubrieron.  
»Llega hasta el mismo arrabal  
»de San Ginés: allí, luego  
»se llega hasta el mismo alcázar  
»por otros cóncavos huecos.  
»Y mientras por todas partes  
»se agrupan los madrileños  
»á disputaros la entrada  
»con sus vidas y su esfuerzo,  
»yo os daré paso hasta el trono  
»que hay en el alcázar régio,  
»y el sol, antes de ocultarse,  
»alumbrará á Madrid, vuestro.  
»Por si teméis que os engaño,  
»por si recelais que os engando,  
»iré delante de todos  
»dando la vida que tengo.»  
—«Anciana, dice el bastardo,  
»muchas doblas vale el cuento;  
»si es un lazo lo que intentas,  
»no te ha de dar gran provecho.  
»Pronto vuelvo con los míos,  
»á una señal todos prestos,  
»y hasta ver que tú no mientes  
»aquí tengo alojamiento.  
»Oscura estará la mina;  
»pero el vívido reflejo  
»de cien antorchas mi paso  
»alumbrará.»

—«¡Santos cielos!  
»No hagais tal, señor, es fácil  
»que descubran nuestro intento  
»los resplandores.»

—«Bien dices;  
»mas ¿cómo nos atrevemos  
»entre las revueltas calles  
»de ese laberinto estrecho?»  
—«Yo alumbraré solamente  
»con mi candil.»

—«Te prometo,  
»si él nos basta, de mercedes  
»hacerte nombrado ejemplo.  
»Y he de darte de mi cara,  
»porque tengas un recuerdo,  
»aun mas retratos que veces  
»tu rueca girando ha vuelto.»

Arrojó al suelo el bastardo  
un bolson de oro repleto

y salió, llena su mente  
de traidores pensamientos.  
Sola quedóse la vieja  
recontando su dinero  
y las armas y los gritos  
sonaron en ronco estrépito.

¡Luchad! ¡luchad como héroes!  
;El triunfo no ha de ser vuestro,  
debajo de vuestras plantas  
van impunes á vencersos!  
A la luz viva del sol  
los esperais como buenos;  
la opaca luz de un candil  
los vá iluminando á ellos.  
¡Un candil! esa es la estrella  
de los viles enriqueños;  
célebres por sus mercedes  
que no por merecimientos.

## II.

Todos esperan ansiosos  
el momento del combate,  
y nadie traicion recela  
porque todos son leales.  
El sitiador adelanta  
decidiéndose al ataque  
y las ballestas se tienden  
buscando vidas y sangre.  
Ecos de agudos clarines  
pueblan confusos los aires  
y en los muros se disputa  
estar de todos delante.  
Solos dejaron las plazas  
y solos los arrabales,  
y las mujeres rezando  
ante sagradas imágenes.  
Todas ruegan en silencio;  
pues no quieren sepa nadie  
que se olvidan de la pátria  
por otro riesgo mas grande.  
No alzan la voz temerosa  
y dicen las mismas frases;  
todas están en secreto  
pidiendo gracias iguales.  
¿Por quién rogar la doncella  
si está en peligro su amante?  
¿Si tiene luchando un hijo,  
de qué se acuerda una madre?  
Pedid por vuestros amores